

“Sed misericordiosos...” (Lc 6,36)

Misericordia divina y humana: Conexión y significado

Pedro Mendoza, L.C.

Profesor extraordinario de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma.

La exhortación “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36) es una de las pocas exhortaciones del Nuevo Testamento (NT) en donde Cristo se coloca a sí mismo o a su Padre como modelo o ejemplo a seguir¹. Ante la exhortación surgen diversas preguntas: ¿qué significa la misericordia?, ¿cuál es la misericordia que Dios practica? y ¿cuál es la que el hombre debe practicar?, ¿cómo debemos entender la relación entre uno y otro de los sujetos puestos en relación con ella: Dios y el hombre?

El presente artículo² pretende dar una respuesta a estos interrogantes. Comenzamos con una precisión terminológica. En el NT el término “misericordia” (*éleos*) y los términos relacionados con él: “tener misericordia” (*eleéō*) y “misericordioso” (*eleēmōn*)³, son usados en relación con Dios y con los hombres en diversos modos.

¹ Con la misma estructura tenemos: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48); “amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12); “permaneced en mí, como yo en vosotros” (Jn 15,4). Con una estructura diversa: “Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29).

² En la elaboración y exposición de este artículo tenemos como referencia los frutos recogidos en la siguiente investigación: cf. K. STOCK, *Discorso della montagna Mt. 5-7. Le beatitudini*, Editrice Pontificio Istituto Biblico, Roma 1997, 87-95.

³ Para percibir la relevancia y concentración del uso de estos términos presentamos los datos estadísticos de los mismos. “Misericordia” (*éleos*) es utilizado 27 veces en el NT, de las cuales 3 en el evangelio de Mateo, 6 en el evangelio de Lucas, 3 en la carta a los Romanos, 3 en la carta 2 Timoteo y 3 en la carta de Santiago. El verbo “tener misericordia” (*eleéō* o *eleáō*) aparece 32 veces en el NT, de las cuales 8 en el evangelio de Mateo, 3 en el evangelio de Marcos, 4 en el evangelio de Lucas, 9 en la carta a los Romanos, 2 en la carta 1 Timoteo y 2 en la carta de Judas. El adjetivo “misericordioso” (*eleēmōn*) es utilizado 2 veces en el NT, 1 en el evangelio de Mateo y 1 en la carta a los Hebreos. Para las referencias estadísticas, cf. R. MORGENTHALER, *Statistik des neutestamentlichen Wortschatzes*, Gotthelf-Verlags, Zürich B Frankfurt am M. 1958, 94.

El análisis de los pasajes en que aparecen estos términos ofrece dos aportaciones de relieve. Por una parte, revela una interconexión entre la misericordia divina y la misericordia humana. Por otra parte, ofrece una mejor comprensión del concepto mismo de misericordia.

1. Misericordia divina

De las 27 veces que en el NT se utiliza el sustantivo “misericordia” (*éleos*), 14 veces es usado para referirse sólo a Dios⁴. En algunos pasajes, la misericordia de Dios se realiza como motivo de la obra de salvación, especialmente hacia los paganos, quienes han llegado a ser Pueblo de Dios porque Dios ha tenido compasión de ellos (1 Pe 2,10): la rebeldía de los judíos ha sido ocasión para que Dios manifestara su misericordia a los paganos (Rm 11,30s); es un Dios rico en misericordia (Ef 2,4), quien nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia (Tt 3,5), y por ello debe ser bendecido Dios quien, por su gran misericordia, ha llevado a término su obra de salvación (1Ped 1,3s). De manera especial, la misericordia de Dios está presente en la vocación de Pablo perseguidor, primero de los pecadores (2Tm 1,12-16). Se trata, siempre, del perdón de los pecados y del don inmerecido y gratuito de la salvación.

El sustantivo “misericordia”, referido al Padre y a Jesús, se encuentra cuatro veces en el augurio inicial de una carta: gracia, misericordia y paz de Dios Padre y de Cristo Jesús (1Tm 1,2; 2Tm 1,2; 2Jn 3; Jd 2)⁵. En los evangelios cuando se habla de la “misericordia” referida a Jesús siempre es en

⁴ A diferencia del NT, en el Antiguo Testamento (AT), versión de la LXX, “misericordioso” (*eleēmōn*) se usa casi sólo para Dios (la “misericordia” referida a los hombres aparece sólo en tres pasajes: Prov 11,17; 19,17; 20,6). Una visión de conjunto de los pasajes en que en el AT se menciona la misericordia divina revela que ella se manifiesta en el hecho de que Dios no actúa con ira e indignación, sino que se compadece, aleja y perdona los pecados. Dios mismo se presenta así a Moisés: “El Señor, el Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira y rico de gracia y de fidelidad, que conserva su favor por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado...” (Ex 34,6s). A menudo, se encuentra la expresión “misericordioso y clemente” (*eleēmōn kai oiktīrmōn*) para caracterizar a Dios (Ex 34,6; 2Cr 30,9; Ne 9,17; Sal 85,15; 102,8; 110,4; 111,4; 144,8; Sir 2,11; Joel 2,13; Jo 4,2). Para una visión exhaustiva del uso del término “misericordia” (*éleos*) en el AT, cf. G. KITTEL, B. G. FRIEDRICH, ed., *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, II, W. Kohlhammer, Stuttgart 1933-1979, 475-478.

⁵ Diversamente del saludo hebreo formulado con la palabra “paz” o el griego con la palabra “salud”, es típico de las cartas del NT en la formulación del saludo inicial el recurrir a una combinación de 2 o 3 elementos como “gracia, paz, misericordia, amor”, especificando además que provienen de Dios Padre (y de Jesucristo).

el contexto de sus curaciones y recurriendo al verbo “tener misericordia” (*eleēō*). Mateo recoge cinco veces la invocación que los enfermos y sus parientes dirigen a Jesús: “¡Ten misericordia de mí!” (Mt 9,27; 15,22; 17,15; 20,30s). Todos ellos, estando en gran necesidad, piden su compasión y su poderosa ayuda. Jesús reacciona aceptando esas peticiones y llevándolas a cumplimiento. Toda la actividad curadora de Jesús, puesta de relieve de manera particular en Mateo (cf. Mt 4,23; 9,35 etc.), es un signo de su misericordia.

En otros dos pasajes del NT el comportamiento de Jesús o de Dios Padre aparece calificado con el adjetivo “misericordioso” (*elēmōn*). En Hb 2,17s, se habla de Jesús sumo sacerdote y se dice: “Por eso debía ser asemejado en todo a los hermanos, para llegar a ser un sumo sacerdote misericordioso y digno de fe para las relaciones con Dios, con el fin de expiar los pecados del pueblo. En efecto, porque él mismo ha sido sometido a la prueba y ha sufrido personalmente, es capaz de venir en ayuda a los que sufren la prueba”. En este pasaje, por primera vez en la carta a los Hebreos, Jesús es llamado “sumo sacerdote” (denominación típica en dicha carta, donde aparece 17 veces). De este sumo sacerdote, el autor de la carta menciona dos cualidades principales: misericordioso y digno de fe. La primera, misericordioso, se refiere a su relación con los hombres, mientras que la segunda, digno de fe, se refiere a su relación con Dios. El v.18 explica que la misericordia de Jesús está arraigada en su propia experiencia de sufrimiento y prueba y se muestra en su ayuda efectiva a cuantos se encuentran en un estado de prueba. Esta cualidad de Jesús se repite de nuevo en Hb 4,15s: “en efecto no tenemos un sumo sacerdote que no sepa compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido probado en todo, como nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, con plena confianza al trono de la gracia, para recibir misericordia (*éleos*) y hallar gracia y ser ayudados en el momento oportuno”. Como elementos esenciales de la misericordia, aparecen, de nuevo, la compasión y la comprensión de las flaquezas ajenas Bbasadas en la propia experienciaB y la ayuda real y eficaz.

Por último, en relación con la misericordia divina conviene señalar que, en el evangelio de Lucas, donde no hay una bienaventuranza destinada a los misericordiosos, se formula esta exhortación: “Sed misericordiosos (*oiktírmōn*), como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36). Las relaciones mutuas entre los hombres debe caracterizarse por reflejar la misma actitud de Dios: la misericordia. Pero, para no dejar en genérico dicha exhortación, ésta queda explicitada en los versículos siguientes: no juzgar, no

condenar, perdonar, dar (Lc 6,37s): todas ellas acciones que manifiestan la bondad del corazón misericordioso.

2. Misericordia humana

En siete pasajes del NT aparece el término “misericordia” refiriéndose a la misericordia humana: en Mateo (3), en Lucas (1) y en Santiago (3). A continuación examinamos estos pasajes. Mateo, en las tres ocasiones, habla de la misericordia que se exige a los hombres (Mt 9,13; 12,7; 23,23). Estos pasajes tienen como contexto la disputa entre Jesús y los fariseos. Jesús justifica su propio comportamiento -relación con los publicanos, acciones aparentemente contrarias a la ley del reposo sabático, recriminación del comportamiento farisaico- refiriéndose a la misericordia solicitada por Dios y critica la ausencia de esta disposición en los fariseos.

Ante el escándalo manifestado por los fariseos por el hecho de que Jesús come con los publicanos y pecadores (Mt 9,10-13), él les remite a Os 6,6 y les dice: “Id, pues, y aprended qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio” (Mt 9,13). De igual modo manifiesta un rechazo rotundo ante la crítica de los fariseos contra sus discípulos que arrancan las espigas y las comen en el día de sábado: “Si hubierais entendido lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificio, no habríais condenado personas sin culpa” (Mt 12,7). Luego, en su reproche final y programático, Jesús les dice: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad!” (Mt 23,23). Este ay respecto de quienes no tienen misericordia es el cuarto y central de los siete ayes (cf. Mt 23,13-33) y está en directa oposición a la bienaventuranza de los misericordiosos (Mt 5,7).

En el fondo de estas disputas reside la carencia de comprensión de lo que significa la misericordia y el modo de practicarla. De ahí la insistencia constante de Jesús sobre la misericordia. En efecto, la actitud de los fariseos para con los publicanos y pecadores es la de marginarlos y execrarlos; lo mismo quieren hacer para con los discípulos hambrientos de Jesús que arrancan y comen las espigas en día de sábado. Común a ambos grupos es la situación de debilidad y dolencia en que se encuentran. La reacción que Jesús pide, contrariamente a los fariseos, no es la de rechazar y condenar a esta gente, sino la de ir a su encuentro y brindarles ayuda. Jesús mismo es el mejor ejemplo de una actitud y de un actuar misericordiosos, pues, como él mismo afirma de sí: “no he venido a llamar a conversión a justos,

sino a pecadores” (Lc 5,32; cf. Mt 9,13; Mc 2,17); “no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo” (Jn 12,47).

También las otras cuatro ocasiones (1 en Lc y 3 en Sant) en que aparece en el NT el término “misericordia” refiriéndose a la misericordia humana ayudan a comprender mejor su significado. La historia del Buen Samaritano (Lc 10,30-37) nos describe con obras al hombre que fue solidario (“misericordioso”) con su prójimo necesitado y concluye caracterizándolo como “aquel que tuvo misericordia con él” (Lc 10,37).

En el relato del Buen Samaritano, como en otros pasajes, aparecen tres componentes esenciales de la misericordia: la necesidad del prójimo, la compasión y la ayuda eficaz. El estado de necesidad está gráficamente presentado en aquel hombre, maltratado por los malhechores y dejado en el camino medio muerto, y que no era capaz de salvarse a sí mismo. La compasión es manifiestamente ejercitada, no por los otros personajes de la historia que pasan de largo, sino sólo por el samaritano: éste, viendo al hombre en necesidad, tuvo compasión de él (Lc 10,33). Finalmente, este hombre misericordioso le presta la ayuda necesaria (Lc 10,34-35). En esta acción de misericordia se realiza, de manera ejemplar, el amor del prójimo al que Jesús exhorta a poner en práctica (Lc 10,25-29): “Vete y también tú haz lo mismo” (Lc 10,37).

En la carta de Santiago, el término “misericordia” aparece, como en Mateo, tres veces, referido siempre a la misericordia humana. En Sant 2,13, se recuerda: “El juicio es inmisericordioso (adjetivo *anéleos*) para aquel que no ha tenido misericordia; la misericordia triunfa en el juicio”. En este pasaje se usa la misma expresión encontrada en Lc 10,37: tener misericordia (*poiéōéleon*), pero en apariencia en sentido inverso al usado en la bienaventuranza de Mt 5,7. En efecto, en la bienaventuranza se promete la misericordia escatológica de Dios para con los misericordiosos. Santiago, en cambio, anuncia la inclemencia escatológica de Dios juez contra aquellos que hayan sido impiadosos. La misericordia aparece como criterio esencial en el juicio de Dios. Si bien es verdad que en Sant 2,13 no se explica expresamente en qué consiste la misericordia, sin embargo, en el contexto anterior, se habla del trato respetuoso de un pobre (Sant 2,1-12), y, en el siguiente, de la ayuda no con palabras, sino concreta para con los necesitados (Sant 2,14-17).

Finalmente, en Sant 3,17, la misericordia es uno de los elementos esenciales que sirven para describir la verdadera sabiduría: “La sabiduría que viene del alto es primeramente pura; después pacífica, moderada, con-

descendiente, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad, sin hipocresía”.

El verbo “tener misericordia” se utiliza raramente referido a los hombres. En un modo similar al de los enfermos que se dirigen a Jesús, el rico, en el infierno, habla a Abrahán y le pide un favor: “Padre Abrahán, ten misericordia de mí” (Lc 16,24). Cuando Pablo menciona a “quien tiene misericordia” (*ho eleōn*): “Quien da, lo haga con sencillez; quien preside, lo haga con diligencia; quien tiene misericordia, lo haga con alegría” (Rm 12,8), parece pensar especialmente en el que da las limosnas (cf. 2Cor 9,7).

Hacia el final de la carta de Judas, se exhorta así a los destinatarios: “Conservaos a vosotros mismos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. Tened misericordia de aquellos que están en la duda; salvadlos, arrancándolos del fuego; y de los demás tened misericordia con temor, odiando incluso el vestido ensuciado por la carne” (vv.21-23). Después de haber rechazado a los falsos maestros, el autor explica cómo debe comportarse la comunidad. Es verdaderamente notable la conexión de la espera de la misericordia escatológica de Cristo con la misericordia ejercitada para con los demás: arraigados en la fe (v.20), en el amor de Dios y la esperanza de la misericordia, deben tener misericordia de los hermanos que están amenazados de la apostasía. El autor distingue claramente dos grupos: uno de los que dudan y vacilan y otro de los que están endurecidos en el error. Para con ambos grupos debe ejercitarse la misericordia, pero de manera diferente. Para con el primero, la misericordia debe traducirse en un fuerte compromiso para recuperarlo de nuevo, mientras que para el segundo, la misericordia exige una cierta distancia para que no resulten influenciados.

3. Conexión y significado

a) Conexión de la “misericordia” divina y humana

La conexión entre misericordia divina y humana aparece de una forma precisa y fuerte en Mt 18,33. Este pasaje forma parte del cuarto gran discurso del evangelio de Mateo (cap. 18), destinado a la comunidad de los discípulos. En ese discurso Jesús habla de la verdadera grandeza y de los escándalos (Mt 18,1-14), de la corrección fraterna (Mt 18,15-20) y del perdón (Mt 18,21-35). En esta última parte del discurso, centrada en el perdón, Jesús, después de haber respondido a Pedro que él debe perdonar a

su hermano no sólo siete veces, sino hasta setenta veces siete, fundamenta y confirma esta enseñanza, contando la parábola del siervo in-misericordioso (Mt 18,23-35).

En la parábola, el patrón ¿qué representa a Dios, al Padre celestial, cf. Mt 18,35) dice al siervo inclemente: “no debías quizá también tú tener misericordia de tu consiervo, así como yo he tenido misericordia de ti?” (Mt 18,33). La misericordia del patrón está en el hecho de que él, en respuesta a la petición del servidor, “se compadece”⁶ de él, le condona toda la deuda y lo deja ir en libertad (Mt 18,26s). Contrariamente a la actitud de su patrón, este siervo refleja su falta de misericordia en su actitud adoptada para con un consiervo. En efecto este siervo, convertido en acreedor en relación con un consiervo, en la idéntica situación de deber cobrar el dinero, niega, a su consiervo deudor una condonación de la suma que le debe (Mt 18,28-30). En este relato queda patente que, en la relación hombre acreedor y hombre deudor, entra siempre la relación Dios acreedor y hombre deudor. Consecuentemente, la relación entre los hombres determina su relación con Dios. Y, por lo mismo, el perdón recibido de Dios se convierte en definitivo sólo después de que hemos perdonado a nuestros hermanos deudores, de lo contrario será revocado (Mt 18,32-35).

De cuanto expuesto en la parábola del siervo in-misericordioso (Mt 18,23-35) vemos que una forma esencial de la misericordia es el perdón de los agravios sufridos. La reciprocidad de acción humana y acción divina, precisamente respecto al perdón de los agravios padecidos, se expresa también en el Padre Nuestro: “perdona a nosotros nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt 6,12). En el comentario que sigue a la oración del Padre Nuestro se insiste, de nuevo, dos veces sobre la reciprocidad de la acción humana y divina (Mt 6,14s).

Para concluir la exposición de la conexión existente entre la misericordia divina y la humana, presentamos la quinta bienaventuranza de Mateo: “bienaventurados los misericordiosos porque ellos encontrarán misericordia” (5,7), pues es la única que designa sea la actitud humana que la acción divina con un término de la misma raíz “misericordioso”, “tener misericordia”. Con tal formulación declara que la misericordia de Dios hacia nosotros depende de nuestra misericordia hacia nuestros hermanos. Esta bienaventuranza hace presente, por un lado, la situación de la debilidad del prójimo necesitado de ayuda para con quien se ejercita la misericordia y,

⁶ El mismo verbo es usado para referirse a Jesús, que acoge la petición de los dos ciegos que imploran su misericordia (cf. Mt 20,34).

por otro lado, manifiesta indirectamente la radical debilidad y dependencia de la ayuda de Dios por parte de quien practica la misericordia. Indica cuál es, en esta situación, el justo comportamiento hacia el prójimo necesitado, es decir la misericordia, y proclama bienaventurados a los misericordiosos porque pueden estar absolutamente seguros de la ayuda decisiva de Dios para con ellos. Su suerte no es la perdición, sino la salvación y la vida⁷.

b) El significado de “misericordia”

El significado de “misericordia” debe reflejar los tres componentes esenciales de la misericordia que hemos señalado: el estado de necesidad del prójimo, la compasión y la ayuda eficaz. Podemos expresarlo de esta forma: la “misericordia” es el correcto comportamiento del hombre respecto de su prójimo en necesidad ante cuya solicitud de ayuda responde favorablemente⁸. Ahora bien la petición de ayuda puede ser indicada expresamente (cf. Mt 9,27; 18,29), o implícitamente, mediante un estado manifiesto de necesidad (cf. Lc 10,30). Tal estado de necesidad debe ser captado con toda atención (cf. Lc 10,33) por quien, movido a compasión, es capaz de ofrecer la ayuda. De ahí que, por parte del misericordioso, es preciso no cerrar sus ojos y sus oídos, no endurecer el propio corazón, no abandonar al hermano (cf. Lc 10,31-32) y no humillarlo aún más, sino tener compasión de él y prestarle la ayuda según sus necesidades (cf. Lc 10,34-35).

Como vimos, en Mt 18,28-30 se describe una situación de este género. Allí se destaca cómo el perdón concedido al hermano “deudor” es una forma esencial de la misericordia. Pero, como muestran los demás pasajes presentados, esa no es la única situación que requiera de misericordia. Así resplandece en el comportamiento de Jesús. Él cura a los enfermos (p.ej. Mt 9,27-31) y exhorta a la compasión hacia los pecadores, los marginados (Mt 9,10-13) y los hambrientos (Mt 12,1-7). En el juicio del Hijo del hombre el criterio decisivo es la ayuda brindada a todo género de necesitados

⁷ Cf. K. STOCK, *Discorso della montagna Mt. 5-7. Le beatitudini*, Roma 1997, 94-95.

⁸ Un significado similar refiere H.-H. Esser analizando el término “misericordia” (*éleos*): El sustantivo y el verbo, conocidos desde Homero, significan el sentimiento que se experimenta ante el infortunio que aflige a otra persona, y la acción que brota de este sentimiento, cf. C. LOTHAR B E. BEYREUTHER B H. BIETENHARD, ed., *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*. III, Sígueme, Salamanca 1991³, 99-102. Para un estudio exegético del término en el NT, cf. H. BALZ B G. SCHNEIDER, ed., *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*. I, Sígueme, Salamanca 2001², 1310-1318.

(Mt 25,31-46). Todos estos ejemplos, en realidad, reclaman a diferentes géneros de dificultades y debilidad.

La misericordia de Dios se muestra respecto del hombre pecador, incapaz de ayudarse por sí mismo, y que, por sí solo, iría en perdición. Dios no lo trata según los méritos, sino que se apiada de él, le perdona los pecados y le da la salvación (cf. Mt 18,27; Rm 11,30s; 1Tm 1,12-17)⁹.

Conclusión

A modo de sumario recogemos las conclusiones del trabajo:

1. Por misericordia entendemos el correcto comportamiento del hombre respecto de su prójimo en necesidad ante cuya solicitud de ayuda responde favorablemente.

2. La misericordia de Dios para con el hombre necesitado (pecador), es la de apiadarse de él, perdonarlo y ofrecerle la salvación (curación). La misericordia que el hombre debe practicar para con su prójimo abarca la apertura ante sus necesidades, la compasión y la ayuda eficaz, a ejemplo del buen samaritano (Lc 10,30-37).

3. La relación entre la misericordia divina y la humana aparece nítidamente ilustrada en la parábola del siervo inmisericordioso (Mt 18,23-35) y también en la quinta bienaventuranza de los misericordiosos de Mateo (5,7). Tanto en un pasaje como en otro queda manifiesta la dependencia del prójimo por parte de nosotros y nuestra dependencia perenne de Dios.

⁹ Cf. K. STOCK, *Discorso della montagna Mt. 5-7. Le beatitudini*, Roma 1997, 94.